Autora: Lali Castellanos Spidla. Madrid.

El trayecto

Acabo de tomar conciencia de mi misma. Estaba profundamente dormida. Pero ya son las seis y diez de la mañana y sé que no debo demorarme. Escucho el golpear de la lluvia en la ventana pero no me importa. Tengo que acudir a una cita que he estado esperando durante mucho tiempo y el nerviosismo de la situación hace que mi cuerpo reaccione empujado por unos resortes invisibles que me empujan a levantarme a pesar de lo perezosa que soy. Estoy inmensamente feliz. Hoy, a las ocho y media de la mañana estaré como un clavo al pie del mástil de la bandera del cuartel del GRS-Nº 5 en el barrio zaragozano de Casetas. Me reuniré con ellos, los que han organizado esta marcha del recuerdo. Hombres curtidos y robustos que quieren rememorar a los suyos. Que quieren levantar la presencia perpetua de sus compañeros que ya no están y les dicen a sus familiares y amigos que cada paso, cada metro andado, cada polvo y barro del camino, les lleva hacia su homenaje. Pisan fuerte este camino que les llevará hacia Zaragoza por la vereda del Ebro. Son veintidós kilómetros para decir que aquí nada se olvida. Que el amonal del coche bomba que ETA colocó a las puertas del antiguo Cuartel de la Avenida de Cataluña, hace veintisiete años, no ha borrado el recuerdo de las cuarenta familias que vivían allí. Y de los ochenta y ocho heridos y las once personas que se quedaron en las ruinas, de aquella madrugada cobarde de color gris oscuro. Seis de ellos eran niños.

Y yo con el rostro mojado por esa lluvia dulce, recuerdo mi rostro de hace veintisiete años. Esta vez, cubierto del agua salada de las lágrimas de impotencia y rabia. Nunca pude entenderlo. No sólo esa ocurrencia mezquina de colocar un coche cargado de explosivos a la puerta de un Cuartel donde duermen familias. Lo más tremendo de todo es el silencio cómplice de las autoridades, las instituciones y la sociedad. Qué hipócritas somos cuando se nos llena la boca de democracia y Constitución.

Hace un año a Perico se le ocurrió esa idea. Caminar una vez al año, desde el Cuartel de Casetas hasta la plaza que ahora se llama de la Esperanza y que es donde se ubicaba el Cuartel que saltó por los aires. Las víctimas no pueden estar solas. Llevan muchos años cargando con un silencio impotente que debería darnos vergüenza. Las víctimas tienen que sentir que estamos cerca, a su lado, con ellos, sintiendo su dolor y su angustia. Comprendiendo con ellos lo que es incomprensible. Y yo quiero unirme a esa marcha que recupera la dignidad de lo que se quiere dejar olvidado. Agradezco a Perico esa iniciativa que hace que podamos caminar juntos para estrechar a las víctimas en un abrazo solidario.

El año pasado hicieron esa marcha del recuerdo por primera vez ocho hombres. Este año el número se ha multiplicado e incluso se ha apuntado un perro. Más de veinte, a pesar de que está lloviendo desde ayer y sopla un cierzo helado que corta la respiración. Pero el calor de esos veinte corazones deshace cualquier impedimento. Me gusta ver cómo se contagian las acciones justas. Sé que muchas personas, como yo misma, queremos unirnos a estos pasos inolvidables, aunque es posible que el ritmo de estos hombres curtidos

sea más fuerte que el que podamos llevar nosotros. Se adaptarán a nuestra marcha porque son grandes. Ellos van charlando. Algunos hace tiempo que no se ven. Quizá coincidieron en algunos destinos. Ahora están en otros quehaceres, en otros Cuarteles, haciendo otras tareas y tienen el tiempo del paseo para ponerse al día.

Algunos de estos hombres vivieron el atentado muy cerca. ¿Pueden ser considerados ellos mismos víctimas? Creo que ni se lo plantean, pero yo pienso que sí lo son. Ver como un día tras otro atentan contra la Institución a la que perteneces, que matan a tus compañeros, a sus hijos y sus esposas y que quizá algún día te toque a ti....Debe ser un peso grande, grande, que la sociedad no reconocerá jamás. Existe la creencia insólita que el estigma está implícito en el sueldo…¡qué hipocresía!. Y así, como se derrumbó el edificio de cuatro pisos donde dormían ciento ochenta familias, se derrumba mi sensación de que realmente estemos viviendo en una democracia amparados por una Constitución libre. Es increíble que alguien pueda justificar de alguna manera esta forma de proceder.

Me lavo la cara y pienso en el centinela que custodiaba las puertas del Cuartel. ¿Dormirá bien por las noches? ¿Le asaltarán los recuerdos de impotencia y culpa? Sé que las personas tenemos unas reacciones adaptativas sorprendentes y contradictorias que marcarán nuestro futuro. ¿Y los que colocaron el Renault 18 dormirán bien por las noches?... Me seco la cara y sé que podría perjudicarme juzgar a nadie, pero me resisto a creer que no sea posible una convivencia en paz entre los hombres. Tenemos que avanzar, como se avanza en la marcha del recuerdo sobre nosotros mismos y nuestra naturaleza. Se está haciendo imprescindible para la humanidad dar el paso que nos humanice.

Ochenta y ocho heridos, mutilados...¿No están mutilados los que vivieron el acontecimiento aunque no les afectara físicamente? Silencio, miedo, incomprensión….eso es lo que les hemos dado. Una onda expansiva que penetra en sus emociones para amputarles eternamente el sentido de pertenencia. Y mientras conversamos en los salones de moqueta y oropel nos dejamos llevar por las vanidades que nos encogen. Cuando alguien de ETA decidió colocar esa bomba, ¿pudo dormir esa noche?. ¿Cómo tienen la mirada esas personas que matan?...

Quisiera saber cómo se miraron por última vez un padre, una madre y una hija que se acostaron por la noche sin saber que ya no se mirarían más. Quisiera saber cómo nos miran aquellos que se quedaron sin padres y sin hermanas una madrugada de un once de diciembre. Imagino una mirada con un grito sordo de auxilio, pero sé que esos ojos están cansados de pedir ayuda y no recibirla nunca, porque la vida sigue,.. sobre todo para los demás.

Y ya se acerca la hora. Cojo la mochila y el chubasquero y me uno al grupo como uno más. No los conozco y no me conocen. No hace falta casi ni hablar. Me siento uno más en esta marcha. Me siento acompañada aunque he llegado sola. Cada paso que doy me une un poco más a los que se fueron. Cada zancada me acerca un poco más a los que sufren. Me voy haciendo cada vez más grande porque estoy al lado de ellos. Me contagian su energía y sus ganas y paso a paso, cinco horas después, pasamos al lado de la Basílica donde la Virgen del Pilar nos lanza una sonrisa.

Llegamos en silencio a la Plaza de la Esperanza. Perico saca los lazos negros y frente al monolito donde están grabados los nombres de las víctimas, permanecemos unos minutos sintiéndonos más unidos que nunca y más fuertes que nunca. Sé que el año que viene seremos muchos más. Sólo es cuestión de correr la voz para que todos lo sepan. Siguiendo el margen del Ebro todos los años caminarán aquellos que sientan que tienen una deuda. Todos los que no queremos olvidar. Todos los que queremos estar con ellos.

La marcha del recuerdo tiene ya su destino.